

Sobre estar enfermo

Virginia Woolf

Al considerar cuán común es la enfermedad, formidable el cambio espiritual que trae consigo, impresionantes los territorios develados al atenuarse las luces de la salud; qué páramos y desiertos del alma alumbrados por una leve influenza, qué precipicios y praderas rociadas de brillantes flores revela un ligero aumento de temperatura, qué antiguos y obstinados robles se arrancan de raíz dentro de nosotros en la enfermedad; cómo vamos al pozo de la muerte y sentimos las aguas de la aniquilación cubrir nuestra cabeza y despertamos creyendo estar en presencia de ángeles y arpas cuando nos quitan un diente y, al volver a la superficie en la silla del dentista, confundimos un “Enjuágate, enjuágate” con el saludo del Dios descendiendo del Cielo para recibirnos. Cuando pensamos en todo esto y más, como frecuentemente lo hacemos, parece extraño en verdad que la enfermedad no haya tomado su sitio junto al amor, la guerra y los celos como temas centrales de la literatura. Uno pensaría que se habrían dedicado novelas a la influenza, epopeyas a la tifoidea, odas a la neumonía y lírica al dolor de muela. Pero no, con algunas excepciones —De Quincey intentó algo similar en *Confesiones de un comedor de opio* y entre las páginas de Proust debe haber uno o dos volúmenes sobre la enfermedad—, la literatura hace todo lo posible por sostener que su interés es la mente, que el cuerpo es una hoja de vidrio puro a través de la cual el alma mira sin obstáculos y que, salvo ciertas pasiones como el deseo y la ambición,

está vacío, es desdeñable e inexistente. Sin embargo, la verdad es todo lo contrario. Día y noche, el cuerpo interviene; se entorpece y se agiliza, se tiñe o destiñe, se vuelve cera al calor de junio, se endurece en el sombrío febrero. La criatura que lleva dentro sólo puede contemplar a través del cristal, sea borroso o rosáceo; no puede ni por un instante separarse del cuerpo como la funda de una navaja o la vaina de un guisante. Debe aguantar la procesión infinita de cambios, calor y frío, comodidades y malestares, hambre y saciedad, salud y enfermedad, hasta que llegue la catástrofe inevitable: el cuerpo se hace añicos y el alma (se dice) escapa. Pero de todo este drama cotidiano del cuerpo no hay registro. La gente siempre escribe sobre los quehaceres de la mente, los pensamientos que le llegan, sus nobles planes y cómo ha civilizado el universo. Muestran cómo ignora al cuerpo en la torre del filósofo o cómo pateo lo como un viejo balón de cuero a lo largo de leguas en la nieve y el desierto en busca de la conquista o el descubrimiento. Esas grandes batallas que el cuerpo libra por sí mismo, con la mente como su esclava, en la soledad de la habitación, a merced de la fiebre o de la llegada de la melancolía, pasan desapercibidas. Pero no es difícil ver la razón de esto. Enfrentarse a estas cosas requeriría la valentía de un domador de leones, una filosofía sólida, un raciocinio arraigado a las entrañas de la tierra. En la ausencia de esto, este monstruo, el cuerpo, este milagro, su dolor, nos obligarían pronto a hundirnos en el misticismo o a elevarnos, con vuelo apresurado, hacia los arrebatos del trascendentalismo. Puesto de manera más práctica, el público diría que a una novela sobre la influenza le falta una trama; se quejaría de que no hay amor en ella —erróneamente, pues a menudo la enfermedad se disfraza de amor y nos juega los mismos trucos: le otorga divinidad a ciertos rostros, nos hace esperar por horas, con los oídos aguzados al crujir de la escalera y envuelve las caras de los ausentes (que en la salud vemos claramente, por Dios) con nuevos significados, mientras la mente inventa miles de leyendas y romances que en la salud no tendría ni tiempo ni libertad de fabular. Finalmente, entre las desventajas de la enfermedad como tema literario, está la pobreza del lenguaje. El inglés, que puede expresar los pensamientos de Hamlet y la tragedia de Lear, no tiene palabras para el escalofrío y el dolor de cabeza. Sólo ha crecido en una dirección. Una simple colegiala, al enamorarse, tiene a Shakespeare, Donne y Keats para hablar por ella. Pero cuando un enfermo

intenta describir su dolor de cabeza a un doctor, el lenguaje se seca de inmediato. No hay nada preestablecido. Tiene que crear las palabras él mismo: en una mano su dolor y en la otra un nudo de sonido puro para aplastarlos uno contra el otro y que de esto salga una nueva palabra (como quizás los habitantes de Babel hicieron en un principio). Probablemente sería algo de risa. Pues, ¿qué inglés puede tomarse libertades con el lenguaje? Para nosotros es sagrado y, por tanto, está destinado a morir a menos que los americanos, cuyo ingenio es más brillante para hacer nuevas palabras con las viejas, vinieran a ayudarnos y dejen correr las fuentes. Pero no sólo necesitamos un nuevo lenguaje primitivo, sutil, sensual, obsceno, sino una nueva jerarquía de las pasiones. Debemos deponer al amor en pro de una temperatura de 40 °C; sustituir a los celos por la punzada de la ciática; darle el papel de villano al insomnio y de héroe al dulce líquido blanquecino: ese majestuoso príncipe con mirada de polilla y pies ligeros a quien se le conoce, entre otros nombres, como cloral.

Pero volvamos a los enfermos. “Tengo influenza y estoy en cama”, dice, quejándose, en realidad, de que no recibe simpatía. “Tengo influenza y estoy en cama” —pero, ¿qué transmite eso sobre la gran experiencia; sobre cómo ha cambiado el mundo; cómo las herramientas del trabajo se han alejado; cómo los ruidos de festejo se han vuelto románticos como un carrusel a la distancia; y cómo han cambiado los amigos, unos adquiriendo cierta belleza, deformados como sapos los otros, mientras el paisaje entero de la vida se extiende lejano y espléndido como la costa vista desde un barco mar adentro? Y ahora está extasiado sobre una cima y no necesita ayuda ni del hombre ni de Dios; ahora yace humillado en el suelo, contento con una patada de la criada— no puede impartir la experiencia y, como siempre sucede con estas tonterías, su propio sufrimiento no sirve más que para reavivar en la mente de sus amigos el recuerdo de sus influencias, sus dolores y malestares que pasaron sin lamentos el pasado febrero y que ahora lloran desesperadamente, estruendosamente, en busca del divino alivio de la simpatía.

Pero no puede haber simpatía. El sabio Destino dice que no. Si sus hijos, cargados ya de pena, tomaran esa carga también (junto con otros dolores que imagino), los edificios no se levantarían más, los caminos decaerían hasta volverse pasto; llegaría el fin de la música y la pintura; se elevaría un gran

suspiro al Cielo y las únicas actitudes que queden para hombres y mujeres serían de horror y desesperación. Tal como están las cosas, siempre hay alguna distracción —un organillero en la esquina de un hospital, una tienda con algún libro o baratija para distraernos de la cárcel o del albergue, alguna ridiculez de perros y gatos para evitar que uno convierta los jeroglíficos de miseria de un viejo vagabundo en tomos de sórdido sufrimiento y el enorme esfuerzo de simpatía que esos alaridos de dolor y disciplina, esos símbolos secos de pesar, nos exigen en beneficio suyo, se pospone con inquietud para otra ocasión. Hoy en día, la simpatía es cosa de los rezagados y los fracasados, las mujeres más que nada (en quienes lo obsoleto existe extrañamente junto a la anarquía y la novedad), quienes, habiendo abandonado la carrera, tienen tiempo para gastarlo en excursiones fantásticas y poco rentables: C. L., por ejemplo, quien sentada junto a la chimenea lánguida de la enfermería se pasa el tiempo creando, sobria e imaginativa a la vez, el guardafuegos, el pan, la lámpara, los organillos que suenan en la calle y todos los viejos cuentos de mandiles y aventuras; A. R., la impulsiva, la magnánima, quien, si quisieras una tortuga gigante para tu sosiego o una tiorba para alegrarte, saquearía todos los mercados de Londres para llevártelas ya envueltas cuanto antes; la frívola K. T., vestida de seda y plumas, maquillada (lo cual toma tiempo también) como para un banquete de reyes y reinas, que se gasta todo su brillo en la penumbra de la enfermería y hace tintinar los frascos de medicina y saltar las llamas con su cotilleo y sus ademanes. Pero estas sandeces tuvieron su momento. La civilización persigue otros fines. Si las ciudades del Medio Oeste van a resplandecer con luz eléctrica, el señor Insull “debe atender 20 o 30 compromisos cada día laboral”. Y entonces, ¿queda lugar para la tortuga y la tiorba?

Hay que confesar (y la enfermedad es el gran confesionario) que la enfermedad tiene algo de la franqueza de los niños: las cosas se dicen, se sueltan de golpe las verdades que el decoro de la salud suele disfrazar. De la simpatía, por ejemplo, podemos prescindir. Esa ilusión de un mundo moldeado de tal manera que se hace eco de cada quejido; de seres humanos tan atados uno a los otros por miedos y necesidades comunes, que el tic de una muñeca sacude a otra; un mundo donde sin importar lo extrañas que sean tus experiencias, otras personas las han vivido también, donde no importa cuán

lejos viajes en tu propia mente, otros han estado ahí antes —ese mundo es una ilusión. No conocemos nuestra propia alma, mucho menos la de otros. Los humanos no vamos codo a codo todo el camino. Hay un bosque virgen, enmarañado e inexplorado en cada uno; un campo nevado en el que hasta la huella de un pájaro es desconocida. Vamos solos y lo preferimos así. Sería insoportable siempre tener simpatía, siempre estar acompañados, siempre ser comprendidos. Pero en la salud debe mantenerse la pretensión de genialidad y el esfuerzo —de comunicar, de civilizar, de compartir, de cultivar el desierto, de educar lo innato, de trabajar de día y por la noche divertirse— debe renovarse. En la enfermedad, esta fantasía se suspende. Inmediatamente, pedimos la cama o, hundidos entre almohadas en una silla, recargamos nuestras piernas sobre otra, dejamos de ser soldados del ejército de los sanos; nos volvemos desertores. Ellos marchan a la batalla. Nosotros flotamos con las ramitas en la corriente, vamos desordenadamente con las hojas secas sobre el césped, irresponsables, indiferentes y capaces, quizás por primera vez en años, de mirar alrededor, mirar hacia arriba; mirar, por ejemplo, el cielo.

La primera impresión de ese extraordinario espectáculo es abrumadora. Mirar al cielo de manera habitual es imposible. Alguien que mira al cielo en público estorbaría y desconcertaría a los peatones. Los pocos trozos de cielo que tenemos llegan mutilados por chimeneas e iglesias, sirven de fondo, indican clima húmedo o bueno, tiñen de dorado las ventanas, y, al llenar los huecos entre las ramas, completan el patetismo de los desaliñados árboles otoñales en las plazas de Londres. Ahora, convertidos en hoja o margarita, recostados, mirando hacia arriba, descubrimos que el cielo es algo tan diferente de aquello que en realidad es un tanto impactante. ¡Esto ocurre todo el tiempo sin que nos demos cuenta! Este incesante hacer y deshacer de formas, este sacudir de unas nubes contra otras y conducir largas filas de barcos y vagones de norte a sur, este incesante subir y bajar de telones de luz y sombra, este interminable experimento de rayos dorados y sombras azules, de cubrir y descubrir el sol, de hacer murallas de piedra y derribarlas de un soplo. A esta infinita actividad, que gasta quién sabe cuántos millones de caballos de fuerza, se le ha permitido obrar a voluntad año tras año. El hecho pide comentario y, sí, censura. Alguien debería escribir sobre

eso en *The Times*. Algo debe hacerse. No puede permitirse que este enorme cine funcione en una casa vacía. Pero observa un poco más y otra emoción ahogará el revuelo del ardor civil. Al ser divinamente hermoso, también es divinamente cruel. Se usan infinitos recursos para propósitos que no tienen nada que ver con el placer ni la ganancia humana. Si estuviéramos todos tirados boca abajo, congelados y tiesos, el cielo aún experimentaría con sus azules y dorados. Quizás entonces, al mirar algo muy pequeño, cercano y familiar, encontremos simpatía. Pensemos en la rosa. Tanto la hemos visto florecer en jarrones, la hemos asociado tantas veces con la belleza en plenitud, que olvidamos que se yergue, firme y constante, toda una tarde en la tierra. Conserva una conducta de perfecta dignidad y compostura. El brote de sus pétalos es de una tensión inimitable. Ahora tal vez uno se cae deliberadamente; todas las flores, las moradas y voluptuosas, las cremosas, en cuya carne pulida una cuchara ha dejado un remolino de jugo de cereza; gladiolas, dalias; sacerdotales y eclesiásticas azucenas; flores de severos cuellos acartonados teñidos de chabacano y ámbar; todas se inclinan con gentileza a la brisa. Todas excepto el pesado girasol, que reconoce orgullosamente al sol de mediodía y, quizás, a medianoche desprecia a la luna. Ahí están y a ellas, las más firmes y más autosuficientes de todas las cosas, el ser humano las ha hecho sus compañeras. Ellas que simbolizan sus pasiones, decoran sus festividades y yacen (como si conocieran la pena) sobre las camas de los muertos. Por increíble que parezca, los poetas han encontrado en la naturaleza una religión; la gente vive en el campo para aprender las virtudes de las plantas. Su indiferencia es lo que nos conforta. Ese campo nevado de la mente, en el que el hombre no ha pisado, recibe la visita de la nube, el beso del pétalo que cae, al igual que, en otra esfera, son los grandes artistas, los Milton, los Pope, quienes consuelan, no por pensar en nosotros, sino por su olvido.

Mientras tanto, con el heroísmo de la hormiga o la abeja, sin importar cuán indiferente el cielo o desdeñosas las flores, el ejército de los sanos marcha a la batalla. La señora Jones toma el tren. El señor Smith arregla el motor. Las vacas son guiadas a casa para ordeñarlas. Los hombres cubren el techo con paja. Los perros ladran. Los grajos se elevan y caen como una red sobre los olmos. La ola de la vida se rompe incansablemente. Sólo los postrados

saben, a fin de cuentas, que la naturaleza no está dispuesta a disimular; que, al final, ella vencerá; que el calor se irá del mundo. Tiesos por helada, dejaremos de arrastrar nuestros pies por los campos. El grueso hielo cubrirá las fábricas y las máquinas. El sol se apagará. Aun así, cuando toda la Tierra esté envuelta en una sábana y resbalosa, alguna ondulación, alguna irregularidad de la superficie marcará el límite de un viejo jardín y ahí, levantando su cabeza impávida a la luz de las estrellas, la rosa florecerá y el azafrán arderá. Pero, con el anzuelo de la vida dentro de nosotros todavía, debemos retorcernos. No podemos dejarnos endurecer pacíficamente en túmulos cristalinos. Incluso los postrados se levantan de un salto ante la mera idea de escarcha en sus pies y se estiran para serle útiles a la esperanza universal: el cielo, la inmortalidad. Dado que los hombres han deseado todo este tiempo, sin duda ya habrán deseado que algo en particular exista. Habrá alguna isla verde para que la mente descanse, aunque los pies no puedan plantarse ahí. La imaginación colectiva de la humanidad debe haber dibujado un esbozo claro. Mas no. Uno abre el *Morning Post* y lee algo del Obispo de Lichfield sobre el cielo, un discurso difuso, débil, acuoso e inconcluso. Uno ve a los feligreses entrar en fila a los templos gallardos donde, en el día más sombrío, en los campos más lluviosos, habrá lámparas encendidas, sonarán las campanas, y sin importar cuánto las hojas de otoño se arremolinen y el viento suspire afuera, las esperanzas y deseos se tornarán en creencias y certezas interiores. ¿Se ven serenos? ¿Están sus ojos llenos de la luz de su sublime convicción? ¿Se atrevería alguno de ellos a saltar desde Beachy Head directo hacia el cielo? Sólo un simplón preguntaría tales cosas. La pequeña congregación de creyentes se rezaga, arrastra los pies y se dispersa; la madre está desgastada; el padre, cansado. Los obispos están cansados también. Seguido leemos en el mismo periódico que la diócesis le regala a su obispo un automóvil, que en la presentación algún ciudadano importante ha comentado, con toda razón, que el obispo necesita el automóvil más que cualquiera de su rebaño. Pero para crear cielos no se necesitan automóviles. Se necesita tiempo y concentración. Se necesita la imaginación de un poeta. Abandonados a nuestra suerte, sólo podemos divagar —imaginar a Pepys en el cielo, bosquejar entrevistas a gente célebre sobre matas de tomillo y pronto sucumbir al chisme sobre tal amigo que se ha quedado en el infierno o, peor aún, volver a la Tierra

y escoger, ya que a nadie daña escoger, vivir una y otra vez, ya sea como hombre, mujer, capitán de un barco, dama de la Corte, emperador o esposa de un granjero en ciudades magníficas o en páramos remotos, en Teherán y en Tunbridge Wells, en la época de Pericles, del rey Arturo, de Carlomagno o de Jorge IV— vivir y vivir hasta que hayamos vivido esas vidas embrionarias que nos acompañan durante nuestra juventud y hayamos sido consumidos por el tiránico “yo”, que ha conquistado todo en este mundo pero no logrará, si el deseo puede más, usurpar el Cielo también y condenarnos a nosotros, que hemos hecho lo nuestro como William o Amelia para quedarnos William o Amelia para siempre. Abandonados a nuestra suerte, pues, especulamos carnalmente. Necesitamos que los poetas imaginen por nosotros. El oficio de crear el Cielo debiera estar relacionado con el de poeta laureado.

Es en los poetas, en efecto, en quienes nos apoyamos. La enfermedad nos quita las ganas de las largas campañas que la prosa exige. No podemos controlar todas nuestras facultades y mantener la razón, el juicio y la memoria atentos capítulo tras capítulo y, mientras uno se asienta, debemos estar preparados para la llegada del siguiente hasta que la estructura completa —arcos, torres, almenas— se sostenga firmemente. *La Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* no es el libro para la influenza, ni *La copa dorada* ni *Madame Bovary*. Por otro lado, después de guardar la responsabilidad en un cajón y aplazar la razón, ¿quién podría exigirle una crítica a un incapacitado o sano juicio a un postrado? Otros sentidos se imponen, repentinos, intermitentes, intensos. Despojamos a los poetas de sus flores. Separamos una o dos líneas y dejamos que se abran en lo profundo de nuestra mente, que extiendan sus alas brillantes, que naden como peces coloridos en aguas verdes:

y a menudo al atardecer

Visita a los rebaños en las praderas crepusculares

que deambulan en densas greyes por las montañas

Guiadas por el suave viento reticente.

O hay en un verso de Hardy o una frase de La Bruyeres una novela en tres volúmenes sobre la que podemos reflexionar y explayarnos. Nos zambullimos en las *Cartas* de Lamb —algunos prosistas se deben leer

como poetas— y encontramos “Soy un asesino sanguinario del tiempo y lo mataría poco a poco justo ahora. Pero la serpiente es vital” ¿y quién nos va a explicar el deleite que hay ahí? O abrimos un Rimbaud y leemos:

Oh tiempos, oh palacios

¿Qué alma está sin defecto?

¿Quién le daría sentido al encanto? Las palabras parecen tener una cualidad mística en la enfermedad. Captamos lo que hay más allá de la superficie, reunimos por instinto esto, eso y aquello —un sonido, un color, un acento aquí, una pausa acá— que el poeta, consciente de que las palabras flaquean ante las ideas, ha esparcido en sus páginas para evocar, ya reunido todo, un estado mental que las palabras no pueden expresar ni la razón puede explicar. La ininteligibilidad tiene un enorme poder sobre nosotros en la enfermedad y, tal vez, con mayor legitimidad que lo que los sanos permitirían. En la salud, el significado ha invadido al sonido; nuestra inteligencia somete a nuestros sentidos. Pero en la enfermedad, mientras descansa la autoridad, nos deslizamos bajo un poema oscuro de Mallarmé o Donne, alguna frase latina o griega y las palabras exhiben su esencia, ondean como hojas y nos estampan de luz y oscuridad y luego, si por fin captamos el significado, está mucho más vivo por haber ascendido lentamente con todo el fulgor sobre sus alas. Los extranjeros, para quienes nuestra lengua es desconocida, nos llevan ventaja. Los chinos seguro conocen mejor el sonido de *Antonio y Cleopatra* que nosotros.

El ímpetu es propio de la enfermedad —ya que somos forajidos— y es lo que necesitamos al leer a Shakespeare. No es que tengamos que quitarnos el sombrero al leerlo, sino que, conscientes de que su fama nos intimida y de que todos los libros de todos los críticos nos entorpecen, ese relámpago de convicción de que no hay nada entre nosotros y el autor, si bien es ilusorio, sigue siendo una ilusión tan útil, un placer tan prodigioso, un estímulo tan profundo para leer a los grandes. Shakespeare se está llenando de moscas; un gobierno paternal bien podría prohibir que se escriba sobre él, a la par que mueven su monumento en Stratford fuera del alcance de los lápices. Dado este alboroto de la crítica, uno podría aventurar sus conjeturas en privado, hacer sus propias notas al margen. Pero saber que alguien

lo ha dicho antes o mejor hace que el encanto se esfume. En su sublimidad de realeza, la enfermedad pone eso de lado y nos deja solos con Shakespeare; ¿y qué con su poder arrogante, con nuestra arrogante soberbia? Caen las barreras, los nudos se desatan con facilidad, el cerebro se llena y resuena de *Lear* y *Macbeth* y hasta el mismo Coleridge chilla como un ratón a lo lejos. Esto es verdad sobre todas las obras de teatro y todos los sonetos, sólo *Hamlet* es la excepción. Uno lee *Hamlet* solamente una vez en la vida, entre los 20 y los 25 años. Luego, uno es Hamlet, uno es juventud; así como, para sacárselo del pecho, Hamlet es Shakespeare, es juventud. ¿Y cómo puede uno explicarse a sí mismo? Sólo se puede ser. Por tanto, obligado siempre a mirar hacia atrás o con soslayo a su propio pasado, el crítico ve algo que se mueve y se desvanece en *Hamlet*, como en un vidrio se ve el reflejo de uno mismo, y esto es lo que, si bien le da una variedad eterna a la obra, nos prohíbe sentir, como en *Lear* o *Macbeth*, que el centro es sólido y sostiene con firmeza lo que sea que nuestras siguientes lecturas les pongan encima.

Pero basta de Shakespeare. Vamos con Augustus Hare. Hay quienes dicen que ni siquiera la enfermedad justifica estas transiciones; que el autor de *Historia de dos vidas nobles* no es colega de Boswell; y si afirmamos que a falta de la mejor literatura nos gusta la peor —es la mediocridad lo que despreciamos— no tendremos nada de eso tampoco. Que así sea. La ley está del lado de lo normal. Pero para aquellos que sufren un leve aumento de temperatura, los nombres de Hare, Waterford y Canning siempre traerán rayos de luz de benévolo brillo. Aunque no, en verdad, durante más o menos las primeras cien páginas. Ahí, como es común en estos tomos regordetes, avanzamos a tropezones y amenaza con hundirnos una plétora de tíos y tías. Debemos recordarnos a nosotros mismos que hay tal cosa como una atmósfera; que los maestros mismos a menudo nos tienen esperando insoportablemente mientras preparan nuestras mentes para lo que sea que quieran, la sorpresa o falta de ella. Igual Hare se toma su tiempo. El encanto hace efecto en nosotros sin que nos demos cuenta; poco a poco, nos volvemos casi de la familia, pero no tanto, pues nuestra percepción de la extrañeza de todo sigue ahí y compartimos la consternación familiar cuando Lord Stuart se va de la habitación —en mitad de una fiesta— y lo siguiente que se sabe de él es que está en

Islandia. Las fiestas, decía él, lo aburrían —así eran los aristócratas ingleses antes de que el matrimonio con el intelecto hubiera adulterado la elegante singularidad de su mente. Se aburrían en las fiestas, se iban a Islandia. Luego, a Beckford lo asaltó la manía de construir castillos y tuvo que levantar un *chateau* francés del otro lado del canal y poner pináculos y torres para hacer dormitorios para la servidumbre a un enorme costo, y además, a la orilla de un acantilado derruido para que las sirvientas vieran sus escobas navegar por el estrecho de Solent; y Lady Stuart estaba muy angustiada pero aprovechó lo que pudo y comenzó a plantar árboles de hoja perenne ante la ruina, mientras que las hijas, Charlotte y Louisa, crecieron con su encanto incomparable, lápiz en mano, siempre dibujando, bailando, coqueteando en una nube de gasa. No son muy diferentes, es cierto. Pues entonces la vida no era la vida de Charlotte y Louisa. Era la vida de familias, de grupos. Era un tejido, una red que se expandía y enredaba a todo tipo de primos, dependientes y viejos sirvientes. Tías —la tía Caledon, la tía Mexborough— y abuelas —la abuelita Stuart, la abuelita Hardwicke— se amontonaban como en un coro y se regocijaban, sentían pena, cenaban juntas en Navidad, envejecían, se mantenían erguidas y se sentaban en sillas con cubierta a cortar papel de colores, pareciera, en forma de flor. Charlotte se casó con Canning y se fueron a la India; Louisa se casó con Lord Waterford y se fueron a Irlanda. Luego las cartas cruzaban vastas extensiones en lentos barcos y todo se volvió aún más prolongado y verboso, parecía no haber fin del espacio y del ocio de esos días de principios del siglo XIX; se perdió la fe y la vida de Hedley Vicars la avivó de nuevo; las tías se enfermaban de gripe pero se recuperaban, los primos se casaron, vinieron la hambruna irlandesa y la rebelión de la India y las dos hermanas seguían vivas, para su gran pero silencioso pesar, pues en aquellos tiempos había cosas, como las perlas, que las mujeres se guardaban en el busto, sin hijos que fueran tras ellas. Louisa, abandonada en Irlanda mientras Lord Waterford se pasaba el día entero de caza, se sentía sola con frecuencia. Pero se mantuvo en su puesto, visitaba a los pobres, daba palabras de consuelo (“De verdad siento mucho escuchar que Anthony Thompson perdió la razón, o más bien, la memoria. Si acaso puede entender lo suficiente como para confiar únicamente en nuestro Salvador, con eso le bastará”) y dibujaba sin cesar. Miles de cuadernos se llenaron de dibujos a

pluma y tinta en una noche, luego el carpintero extendió hojas y ella diseñó frescos para salones de clase, pidió que trajeran ovejas al dormitorio, envolvió a los guardias en sábanas y pintó Sagradas Familias por montones hasta que el gran Watts exclamó que ahí se encontraba la igual de Tiziano y la maestra de Rafael. Lady Waterford se rio de eso (tenía un generoso y benévolo sentido del humor) y respondió que no era más que una dibujante, que apenas y había tomado una lección en su vida: véanse las alas de su ángel, escandalosamente incompletas. Además, estaba la casa de su padre, siempre cayendo al mar. Ella debía apuntalarla, entretener a sus amigos, llenar sus días con toda clase de caridades hasta que su señor volviera de la caza y entonces, por lo general a medianoche, lo dibujaba con su caballescabeza medio escondida en un tazón de sopa, sentada con su cuaderno bajo una lámpara al lado de él. De nuevo se iba en su montura, majestuoso como un cruzado, a cazar al zorro y ella lo despedía con la mano y pensaba, cada vez, ¿y si esta es la última? Y lo fue una mañana. Su caballo se tropezó. Él murió. Ella lo supo antes de que le dijeran. Y Sir John Leslie no pudo olvidar nunca, cuando bajó corriendo las escaleras el día que lo enterraron, la belleza de la gran dama de pie junto a la ventana para ver la carroza fúnebre irse, ni cuando volvió de nuevo, cómo la cortina, pesada, de mediados de la época victoriana, lujosa, quizás, estaba toda arrugada de donde ella la había agarrado en su agonía.